

DON FRANCISCO ANTONIO ENCINA, DENTRO
Y FUERA DE LA HISTORIA.

por JORGE TEILLIER

La muerte de don Francisco Antonio Encina ha desencadenado una serie de laudatorias de moros y cristianos. Como uno de sus méritos es el de desempolvar los viejos monumentos en que han sido transformados los personajes vivos del pasado, el primordial cuidado al hablar del historiador, ha de ser, creemos, el de evitar que él se transforme asimismo en un monumento intocable, debido a la incurable necrofilia de la que se padece habitualmente en nuestro país (los funerales son las ceremonias que congregan más público usualmente, y los velorios, puntos de reunión para gente que incluso no se ha visto desde hace años). Encina hizo una historia polémica y actuante, como lo era asimismo su personalidad, y para enfrentarla, hay que hacer omisión de la tendencia a la idealización.

Una de las bases del respeto a don Francisco Antonio Encina es la admiración que ha causado su trabajo de veinte voluminosos tomos de historia. Hasta el profano que la adquiere un poco por moda y que difícilmente la abrirá, se conmueve ante el esfuerzo ciclópeo de construir esos tomos monumentales que significaron, como el mismo historiador lo dice, cuarenta años de trabajo. La "Historia de Chile" de Encina ha pasado a ser un monumento nacional, así como lo fue en su tiempo la de Barros Arana. Se cumplió el propósito de Encina, reemplazar la Historia de don Diego por la suya, incluso utilizando, como lo señala, un hábil proceso de mimetización: "Conservar en lo posible el plan, la distribución de las materias y hasta el formato de la *Historia General* que no me atraían, pero a los cuales ya está acostumbrado el público y que tal vez responden a exigencias de su idiosincrasia intelectual. El lector, engañado, se embarcaría confiadamente en la balsa, y una vez que ésta dejara la orilla, preferiría continuar en ella antes que arrojarse a la corriente". Exitosa estrategia, sin duda.

La *Historia General* de Barros Arana ha pasado al panteón de los recuerdos, "encerrada en una vitrina, con llave de oro". Sin embargo, veremos que pese a toda la enunciación de Encina, no es difícil ver que en la parte colonial y de crónica (no interpretativa) no son grandes las novedades y cambios aportados por Encina, pese a sus afirmaciones de que los aportes documentales de investigadores como José Toribio Medina y Thayer Ojeda, entre otros, destruían todo el andamiaje documental de Barros Arana. En el fondo, la ira de Encina contra Barros es ideológica: detestaba el racionalismo de Barros Arana. Encina tenía alma de creador y de poeta, pensaba que la Historia encierra un interés humano más hondo que el drama,

la poesía o la novela, y su estilo es peculiar y apasionante. No en balde recibió el Premio Nacional de Literatura y Gabriela Mistral lo estimaba entre sus autores favoritos: "ese viejito que escribe como los clásicos", lo llamaba. Para Encina la reconstitución histórica del pasado chileno hecha por los historiadores del siglo pasado era detestable en general, pese a la cordura de los historiadores, por la abundancia de pensamiento discursivo, por el afán moralista, por la monotonía del estilo. A su juicio, en "Recuerdos del Pasado", de Pérez Rosales estaba más presente el alma chilena que en todos los libros de historia. Parcialmente salva a Vicuña Mackenna.

Encina se enfrentaba pues a la Historia en un esfuerzo apasionado por reconstituir con su propio y original método el pasado chileno, en un afán irracionalista, mítico y a la vez ayudado por nuevas documentaciones. Un esfuerzo, sin duda, colosal, ya que Chile tenía historias mayores en extensión que las de Roma de Mommsen y de Grecia de Grote. Para Encina, el historiar es un arte, no una ciencia, y eso distingue al historiador verdadero del erudito. El historiador debe enfrentarse a la historia de Chile, y transformarse en soldado de la conquista, encomendero, comerciante; en todos los personajes. Detestaba a los "mentecatos que juzgan el valor de una obra por el número de citas y referencias que contiene y llaman superficial al libro que tiene una documentación voluminosa sin dejarla ver".

Sin duda que la Historia de Chile de Encina presenta una concepción articulada, una interpretación novedosa. Su éxito entre el lector medio ha sido debido a la facilidad del estilo, a la audacia, el desenfado con que trata a los personajes del pasado, a los cuales califica generalmente, cuando no gozan de sus simpatías, como "desconformados cerebrales". Caso típico el jesuita Luis de Valdivia, defensor de los indígenas y el prócer del federalismo José Miguel Infante. Más tarde tratará incluso de alcohólicos a eminentes conductores de la Guerra del Pacífico, en la cual el historiador interviene para enmendarle la plana a todos los generales, incluso a Baquedano, del cual nos deja la imagen de un militar que tartamudeando sólo sabe decir "Soldado chileno, de frente". En cambio sus simpatías lo llevan a endiosar a Portales, a Manuel Montt, a su pariente José Francisco Vergara, al Almirante Latorre, al gobernador Rivera. A su manera, dividió también los personajes históricos en "malos y buenos", es decir, hace lo que tanto reprochaba a Barros Arana. Para él O'Higgins era un laborioso hacendado a quien la falta de talentos hizo que fuera llamado a puestos militares por la aristocracia criolla. Carrera era sólo una simulación genial del genio y hasta estaba desprovisto de valor físico en el combate. Pero la clave de la concepción histórica de Encina (que la hace grata a las clases sociales acomodadas y a sus dirigentes que no se libran, sin embargo, como ya lo veremos) es el racismo. Encina es un discípulo directo del Conde de Gobineau, y en su concepción histórica, de un autor ya casi olvidado: Nicolás Palacios. No está

de más señalar que las teorías de Gobineau, adaptadas por Rosenberg, fueron el breviario del Nazismo, su justificación teórica. Tanto Encina, como Palacios, fueron, parcialmente, y a su modo, nacistas *avant-la-lettre* (aun cuando Encina fue liberal políticamente). Para Encina la historia de Chile es totalmente peculiar en Hispanoamérica, porque el chileno es un producto singular, mezcla de godos —ya que los conquistadores venidos a Chile lo eran en su mayoría— (divide a los españoles en godos e iberos) y de chinchas. La clase dirigente se dividirá más tarde en un elemento nórdico recubierto por el castellano-vasco y un elemento meridional, de origen andaluz, con acento ibero. Pues bien, el elemento nórdico ha sido el creador de historias y de civilizaciones, la raza superior de Gobineau. Para Nicolás Palacios, defensor ardoroso de nuestro pueblo, el enfoque era distinto: los conquistadores godos se mezclaron con una raza superior entre las autóctonas, la araucana, dando forma a la “raza chilena”, pueblo asimismo superior.

El enfoque del período colonial hecho por Encina rompe con el criterio liberal-progresista de los historiadores liberales del siglo pasado. Va contra la “leyenda negra”, creando una “leyenda hispana”, claro está. Mira con admiración al araucano, “raza cósmica” que luchó titánicamente por su supervivencia frente a otra raza, pero desdén a la mestizaje. Su criterio es realista, sin embargo, en cuanto a que dentro del marco posible, en la Colonia no reinaban el atraso, la ignorancia ni la rudeza, como lo planteaban con criterio enciclopedista algunos de nuestros historiadores. La Independencia sería la obra colectiva de la aristocracia castellano-vasca, y no obra de O'Higgins, Carrera ni Martínez de Rozas.

El pueblo queda al margen. (En esto hay coincidencia con el planteo de Luis Emilio Recabarren, el que en *Pobres y Ricos*, escrito en 1910, indica que la Independencia no significó adelanto social alguno para las clases trabajadoras, que se mantuvieron al margen de ambos bandos). Toda la historia de Chile se va desarrollando, grosso modo, con el criterio racista. El elemento castellano-vasco “laborioso, previsor, poco imaginativo, de cordura negativa” se enfrenta con el meridional —de donde surge la clase media— que es imprevisor, con psicología económica rudimentaria, de reacciones más rápidas y menos duraderas. Hay personalidades que dan giro propio a la historia —los genios— cuyo paradigma es Portales. Para Encina, Portales es el hombre que comprende el carácter de la aristocracia castellano-vasca, les impone la idea abstracta e impersonal del Presidente y crea un “Estado en forma”, superando la anarquía, y llevando a Chile al primer plano de América Latina.

Portales crea un gobierno fuerte y centralizado, impone una “pseudomorfis” e incluso es positiva dentro de este sistema la intervención electoral, pues se impone mientras no estén todos capacitados por medio de la educación para intervenir en

el gobierno democráticamente, dado el grado rudimentario de la cultura política. Ahora bien, los círculos derechistas de nuestro tiempo se han apropiado de la figura de Portales y luego de la de Encina en forma por demás arbitraria, pues para el historiador, Diego Portales, junto con O'Higgins, Manuel Montt y Antonio Varas, fueron "antiaristocráticos y hasta casi revolucionarios en el terreno social". El mismo Encina es enemigo del librecambismo, base de la política económica de las clases dirigentes chilenas, y acendrado nacionalista. Las múltiples y contradictorias facetas de Encina, hacen imposible que pueda ser monopolizado por cualquier bando político, y es curioso observar cómo, con motivo de su muerte, desde conservadores hasta comunistas —representados estos últimos por el escritor y ensayista Volodia Teitelboim— hicieron el panegírico del historiador en sesión solemne del Senado.

El carácter idealista y parcial del enfoque de Encina queda al descubierto notoriamente en muchas ocasiones. Veamos de pasada su interpretación de la Revolución del 91, a la que considera una lucha por la libertad electoral, y el deseo de los partidos de imponer un régimen parlamentario de corte inglés que reemplazara la "camisa de fuerza" impuesta por Portales, y que Balmaceda quería inútilmente hacer sobrevivir. Abstrae todo el trasfondo económico, fundamental hasta para historiadores y economistas no marxistas, como Guillermo Feliú Cruz (ver su trabajo "La evolución política y social de Chile" en Anales de la Universidad de Chile Nº 119) y Daniel Martner. El trasfondo de la mal llamada Revolución del 91 —y del cual prescinde Encina— es la reacción de los círculos capitalistas extranjeros amenazados en sus intereses por la política proteccionista y nacionalista de Balmaceda, que se echó encima a los latifundistas al iniciar un gigantesco plan de obras públicas que absorbió —porque pagaba mejor— la mano de obra, y la proyectada creación del Banco del Estado, contra los juegos de los banqueros y la plutocracia criolla; a la vez, su política de colonización tenía un claro sentido de crear una clase de pequeños agricultores. La destrucción de toda esta política condujo a la funesta era del "dejar hacer, dejar pasar" de la época del parlamentarismo. Por otra parte, la intención de algunos historiadores marxistas de transformar a Balmaceda en adalid de las clases populares y casi un socialista, es también manifiestamente arbitraria. El intuicionismo lleva a Encina a grandes aciertos pero también a deformaciones. El movimiento del año 20 lo interpreta como la ascensión de los "meridionales" al poder, desplazando a los "castellano-vascos", haciendo abstracción de las conmociones sociales, la toma de conciencia política del proletariado, hasta entonces sumido por las clases gobernantes en la más desmedrada de las situaciones. Sin embargo, es imposible hacer caso omiso para cualquier intento de futura historia de Chile de la obra de Encina, sobre la cual no hay —hasta el momento— in-

terpretaciones críticas, pues no ha provocado sino alabanzas o encendidas detra-
ciones (el profesor Elías Almeyda propuso incluso hacer una pira con la obra de
Encina, por considerarla denigrante para Chile).

No menos importante es la actuación del desaparecido historiador en el campo de la
teoría económica, con su obra *Nuestra Inferioridad Económica* (1912), que man-
tiene plena vigencia, al punto de que en 1962, en Santiago, las naciones de América
Latina reunidas por la OEA y la CEPAL, la FAO y la UNESCO, se reunieron en confe-
rencia de varias semanas dedicada exclusivamente al tema planteado por Encina ha-
cía cincuenta años: la contribución de la educación al desarrollo económico, como
muy bien lo ha indicado José Vicente Mogollón (en su estudio sobre Encina apare-
cido en la revista "Atenea", N° 405, diciembre 1964). Encina tuvo la clarividencia
de señalar el fenómeno tan de moda del "subdesarrollo" antes que nadie, y llamó
a despertar a nuestra sociedad, para ponerse a tono con el desenvolvimiento econó-
mico, llamó a superar las viejas fórmulas impuestas por el funesto librecambismo
de Courcelle Serneuil, a substituir el liberalismo por una política realista económi-
ca y comercial que no se centrara en el precario desarrollo agrícola, sino en el des-
arrollo industrial. Vio antes que nadie, igualmente, cómo el standard de vida au-
mentaba en forma geométrica, mientras que las aptitudes económicas en forma arit-
mética, y cómo al contacto de civilizaciones más avanzadas se crean necesidades
que desequilibran moralmente al individuo, si no se desarrollan las aptitudes eco-
nómicas necesarias para sobrevivir, como ocurre en las viejas civilizaciones, llegán-
dose a la desmoralización (¿acaso no se ve este fenómeno hoy día, cuando EE. UU.
aceleradamente impone su "modo de vida" a nuestra clase media, frustrada por su
incapacidad para ponerse a la altura de la civilización basada en el automóvil, la
televisión, el refrigerador?). La *bête noire* de Encina es la educación chilena, a la
que ve irremisiblemente fuera de la realidad, caduca, imponiendo enseñanza inte-
gral cuando se necesita la vocacional que desarrolle las aptitudes económicas, y no
las burocráticas. El liceo y la universidad son blanco de sus iras. Esto es propio de
un hombre que pese a su grado universitario, fue esencialmente autodidacto, y ade-
más de estudioso, hombre de acción en el campo de la economía, no sólo hacenda-
do —siguiendo la tradición familiar— sino hombre de empresa. Recordemos que a
los once años de edad recibió su vocación de "buscador del infinito" leyendo los
Pensamientos de Pascal, y por su cuenta continuó con Leibnitz, Spinoza, Kant y más
tarde con Augusto Comte, que despertó su afición por la sociología. No se confor-
mó con la enseñanza oficial, e incluso trata a la universidad de organismo conser-
vador esencialmente, opuesto a las renovaciones. Según él, más que con los erudi-
tos aprendía de los hombres simples; "en lo trascendental, debo mucho más a Ger-

mán Lobo, un mestizo de español y de araucana, que me proveía de buques, cañones, soldados y material bélico en general, durante la Guerra del Pacífico que a Leibnitz . . ." o "Experimento igual agrado en conversar con un gañán que en leer una página de Platón; y siempre he colocado la cháchara femenina por sobre el más profundo pensamiento de Goethe". Su mentalidad era antiacadémica y antioficialista. No podemos referirnos a su actitud contra nuestra enseñanza —que fue refutada con brillo por Enrique Molina, el cual sostuvo, con razón, que no podía achacarse la falta de preparación económica del país a deficiencias de una enseñanza secundaria que no tenía más de 8.00 alumnos (1912) — pero no está de más señalar que un hombre de otra trinchera, como era Rodó, señaló tras leer *Nuestra inferioridad económica*, que "si prevaleciera, obligaría a revisar el criterio con que hasta ahora se han encarado nuestros problemas económicos, políticos y sociales". Que la actitud de Encina se mantenía críticamente incólume, se comprueba con las observaciones que le merecían el fracaso de gran número de aspirantes a bachilleres, enviada en respuesta a una encuesta de este mismo *Boletín* (Nº 28, abril de 1962), que el fracaso se debía tanto a modestia de dotes cerebrales, como a la imposición de una enseñanza falsamente integral y demasiado recargada, que venía siendo la misma desde 1885-91.

Superada la muerte, ese jalón que hace anquilosarse a una persona momentáneamente, confiamos en los futuros críticos y herederos del trabajo de Encina, que de todos modos será imprescindible para cualquier tentativa de hacer una nueva historia de nuestro país. Y más allá de toda apreciación crítica, nos sentimos conmovidos ante la imagen de este hombre que a los noventa años terminaba su ciclópeo *Bolívar* (cuando vivimos en un país en que por lo general pasados los cuarenta años el hombre es "viejo", se autoconvence que lo es y se desplaza hacia la repetición, el conformismo y la senectud), que señaló un camino de independencia económica para el país, que era —a su manera— un "chileno ejemplar", que defendió a Luis Emilio Recabarren cuando la oligarquía hipócritamente le quitó su mandato parlamentario; que muerto "a caballo de su vocación" ha legado, ciertamente, un ejemplo para el futuro, lo que aunque sea un lugar común, no es en absoluto poco decir.